

# Fedecámaras y la paternidad irresponsable

En Venezuela se ha escrito mucho sobre el problema de la paternidad irresponsable que siembra hijos y no los reconoce como propios, condenándolos a la orfandad y al crecimiento silvestre.

Sorpresivamente Fedecámaras en su XXVIII Asamblea ha pasado a formar parte de quienes no saben responder por su hijo. Después de hacer extensiva su benévola preocupación a todos los campos —incluida la educación y la policía— acordaron los diez puntos de la "Declaración de Ciudad Guayana" en la que desconocen a su propia criatura: la política económica del país durante los últimos decenios. El Foro sobre Nacionalismo y Estatización fue una especie de búsqueda de chivo expiatorio sobre el cual poder cargar todos los males y limitaciones de nuestra economía. Carmelo Lauría les facilitó la pista y descubrieron al culpable: El Estado y los partidos políticos oligárquicos, totalitarios y burocratizados.

Frente a ese Estado, Fedecámaras es nacionalista, pero con un nacionalismo sano. Fedecámaras quiere la planificación, pero la verdadera. Fedecámaras desea hacer política, pero de la constructiva, no la oligárquica que nos imponen los partidos. Los males de este país son debidos a que la educación, la policía, el ejército, la iglesia, la política y la economía no han sido dirigidas por ese puñado de empresarios superdotados y llenos de "fe en el nacionalismo en cuanto desvelado amor a las cuestiones de nuestro país". (Punto 10 de la Declaración de Ciudad Guayana).

Ante este enfoque tan sorprendente de los hechos y tan contrario a la realidad uno queda perplejo y busca la clave de la interpretación. Afortunadamente el mismo documento, sin pretenderlo, nos ayuda a volver a la verdadera realidad de los hechos. Denuncia la distinción a que nos tienen acostumbrados los políticos entre "país político" y "país nacional". Esta distinción concibe al Estado como algo separado de la sociedad. Fedecámaras dice que esto no debe ser. Nosotros decimos que no puede ser y que no ha sido nunca. Precisamente esta es la clave para explicar lo que ha ocurrido en los últimos años y descubrir la paternidad real de nuestra política económica. El Estado en la realidad concreta no es un ente semi-divino y separado de toda pasión. Por el contrario toda su actuación está controlada y sometida a las fuerzas reales que se mueven en la sociedad y más en concreto a los grupos de poder que tratan de imponer sus intereses particulares para que el Estado los presente como interés universal de todos los venezolanos. Y hoy por hoy ese grupo de poder descansa en unos pocos supercapitalistas y en Fedecámaras, su órgano de presión.

Ellos con sus "generosas ayudas" han tratado de controlar a los partidos políticos. Han logrado que los ministros de Hacienda y los otros hombres que en los últimos años

han ocupado los puestos claves de las decisiones económicas estuvieran apoyados, controlados o suficientemente presionados por ellos. La política de industrialización superprotegida y de construcciones ha rendido cuantiosos beneficios. Los intereses privados han logrado obstaculizar toda decisión sobre tierras urbanas, hacer inofensiva la reforma agraria, frenar la modificación de impuestos. Y si en algún momento se han tomado medidas más populares ha sido como fruto de un excepcional enfrentamiento. Aparte de este hecho general, el anecdotario burocrático está lleno de chismes que recogen esas páginas oscuras del manejo político donde ciertos empresarios a través de determinados funcionarios serviles han logrado pingües beneficios para sí.

Después de decenas de años de predominio del criterio de Fedecámaras tenemos una situación económica con una industria superprotegida y con más del 40% de su capacidad ociosa. Esta economía ni ha podido exportar, ni ha sido capaz de integrar al proceso productivo a los grandes sectores marginados de nuestra población. Nuestros capitalistas se han mostrado incapaces de frenar su propio consumo suntuoso y escandaloso y de proponer una vigorosa política de ahorro e inversión. Son incapaces de crear pleno empleo y de construir viviendas asequibles para los sectores que las necesitan.

Estamos totalmente de acuerdo con Fedecámaras en que "hay totalitarismo cuando un sector burocratizado del país pretende recabar para sí toda decisión y toda verdad sobre el proceso general de la política y del desarrollo de la nación". (Punto 8). Lo extraño es que Fedecámaras se quiera mostrar ajeno a esta situación. Pero hay más, no puede desoligarquizarse la política cuando la economía es oligárquica. Y no se pueden pedir estructuras abiertas en los partidos y planificación participativa y democrática, mientras esto no sea realidad en el campo económico. ¿O es que la empresa es una estructura abierta donde los trabajadores cuentan como algo más que objetos? ¿O acaso quieren los empresarios ofrecernos el modelo antioligárquico y de planificación democrática que tienen en sus empresas? Señores de Fedecámaras: no puede haber política democrática con empresas totalitarias y economía oligárquica. Lo que los partidos políticos —con todos sus errores— han hecho en favor de la desoligarquización es a pesar de Fedecámaras.

Si el espíritu antioligárquico y de planificación participativa es tan dudoso en los sectores económicos representados en Fedecámaras, no es más claro su nacionalismo en relación a las inversiones extranjeras.

En estos años de inversiones extranjeras —que tanto han beneficiado a nuestros capitalistas— jamás se ha oído su palabra de protesta frente a los abusos conocidos de éstas. No creemos que toda inver-

sión extranjera es mala. Pero se demuestra que las inversiones hechas al amparo de la política auspiciada y definida por gente de Fedecámaras ha supuesto una sangría terrible para el país. Para visualizar este hecho basta un sólo dato. De 1960-69 "las salidas totales de capital, rentas de inversiones, transferencias unilaterales y "otros servicios" llegaron a 12.566 millones de dólares procedentes del sector privado de la economía". (Datos del Banco Central citados por el Informe Merhav, pág. 16).

"Las entradas correspondientes de rentas y capital durante este período se elevaron a 3.200 millones de dólares" (Ibidem).

Para hacernos una idea de lo que supone esta salida de recursos del país seguimos copiando el mismo Informe: "La salida neta anual media de recursos invertibles durante el decenio último corresponde, circunscribiéndonos a la inversión simplemente, a unos 170.000 hombres— año o sea 85% del número total de personas sin empleo según cálculos correspondientes a 1969, es decir el doble del incremento anual de la fuerza de trabajo" (Ibidem). Y como dice el mismo informe "se ha de tener en cuenta que los datos oficiales subestiman mucho la verdadera cuantía de las salidas de capital" (Ibidem).

No es ajeno a la responsabilidad de Fedecámaras el siguiente diagnóstico del Informe Merhav: "El peligro de una futura desaceleración del crecimiento económico de Venezuela reside en tres problemas estructurales —diferentes, pero estrechamente relacionados entre sí— que sólo podemos examinar brevemente en este informe: a) la gran magnitud de las sumas que salen de Venezuela formando una corriente (de capitales, rentas, etc.), que asciende a una tercera parte del total de sus transacciones con el extranjero; b) la estructura de su industria, muy concentrada y generalmente oligopolística, y c) el predominio de las inversiones extranjeras y la dependencia de la tecnología extranjera que con frecuencia se ha de adquirir con condiciones restrictivas." (Op. Cit. pág. 15).

Tal vez la Asamblea de Fedecámaras hubiera resultado más sincera si en lugar de negar la paternidad de la situación económica actual la hubiera asumido. Pero por el contrario ha preferido cargar la culpa sobre los partidos políticos y sugerir una fórmula de representación política que no tiene nada de nuevo después de Mussolini y la Falange española.

Si creyéramos que el poder se entrega voluntariamente invitaríamos a Fedecámaras a meditar su propia sentencia: "La tarea de nuestra generación ha de ser por tanto, nacionalizar la política e impedir que calga definitivamente en manos de quienes sostienen una estructura cerrada y ensimismada del Estado." (Declaración de Guayana n. 9).